

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



M

Separata

MJ 552-553 (Enero-Febrero 2023)

estudios

Páginas 57-65

Cuidar para un
mundo humanizado

JOSÉ CARLOS BERMEJO HIGUERA, MI

Cuidar para un mundo humanizado

JOSÉ CARLOS BERMEJO HIGUERA, MI
Universidad Ramón Llull

Síntesis del artículo

Desde su amplia experiencia como religioso camilo, el autor reflexiona sobre la sociedad de los cuidados. Partiendo de una relectura de la afirmación del credo: "creo en la resurrección de la carne", se plantea el cuidado como un resucitar, un dejarse levantar por Dios de modo que éste diga, haga y sea todo y siempre en nosotros. Resucitar aquí y ahora, en tiempos post-pandémicos implica cuidar nuestro mundo de relaciones, nuestra capacidad de escucha y la capacidad de sanar el sufrimiento. Para el autor, en la estela de Camilo de Lejis, el rostro de la humanización y el cuidado tiene rasgos femeninos.

#PALABRAS CLAVE: cuidado, enfermedad, resurrección, vida, relaciones, escucha, madre, esposa, hijo.

Abstract

From his extensive experience as a camilo religious, the author reflects on the society of care. Starting from a re-reading of the creedal affirmation: "I believe in the resurrection of the body", he considers care as a resuscitation, a letting oneself be raised up by God so that God says, does and is everything and always in us. Resurrecting here and now, in post-pandemic times, implies caring for our world of relationships, our capacity to listen and our capacity to heal suffering. For the author, in the wake of Camilo de Lejis, the face of humanisation and care has feminine traits.

#KEYWORDS: care, illness, resurrection, life, relationships, listening, mother, wife, child.

Es hermoso que estemos hablando de la sociedad de los cuidados. Nos va la vida en el cuidar. Vivimos porque hemos sido cuidados. Intentar curar en la enfermedad es una forma de cuidar. Nos reclamamos el deber de cuidarnos a nosotros mismos. Nos damos cuenta de que hemos de cuidar el planeta.

Preguntarse qué es bueno y qué es malo, qué es justo y qué es injusto, qué contribuye a hacernos felices y qué nos hace infelices, es hacer ética. Centrarlo en el mundo de la salud

y la enfermedad, la vida y la muerte, quizás es hacer bioética.

Hemos crecido en las últimas décadas en el arte de sistematizar reflexiones, ir allá y acullá a buscar fundamentación para superar la tradición en virtud de la cual, las respuestas nos venían de la religión, por revelación. Y hemos caído también en otros extremos de racionalizar al máximo y quizás hacer crecer una hipertrofia del principio de autonomía; casi como hasta llegar a pensar que lo



que sale del individuo se justifica por el mero hecho de su libertad y capacidad de elegir.

En medio de la pandemia, sobre todo en los peores momentos del 2020, la autonomía fue relegada al imperativo de la búsqueda del bien común, de la prevención, de la salud comunitaria, de la salud pública. Incluso el deseo personal de acompañar a los seres queridos enfermos, se limitó radicalmente por razones de prevención, de autoprotección y protección a los demás.

Mientras tanto, una parte de la ética se mantiene en pie en su cotidianeidad, en su humildad de expresión. Es la ética que tiene menos dificultades al gestionar las preguntas existenciales o radicales sobre el bien y el mal. Es la ética del cuidar, que urge a las personas a salir al paso de la fragilidad y la vulnerabilidad ajenas y procurar cuidados que, de lo contrario, generarían abandono y muerte.

Se abre paso la conciencia de la responsabilidad de cuidar no solo a quien es próximo por los vínculos significativos de familiaridad o afecto creados, sino también cuidar la casa común –el planeta–, la ciudad, la humanidad.

1 Cuidar el cuerpo. Creo en la resurrección de la carne

Así dice el Credo de los cristianos: “creo en la resurrección de la carne”. Y toca a los teólogos y teólogas explicar su significado, seguro que, para indicar la esperanza en una vida eterna después de la muerte, de una nueva vida para toda nuestra persona, en todas sus dimensiones.

Pero yo creo también en la resurrección de la carne en el más acá. Lo creo y lo espero. Y esto es fruto de mi camino personal de encuentro con el sufrimiento y la vulnerabilidad humana en los contextos en los que me he movido, y ahora en la pandemia. Mi fe se va transformando también gracias al estudio de la teología que enseña el Señor sufriente con su rostro interpelante: el del pobre y el enfermo. Un libro para leer cada día, un libro que solo un ciego de corazón no ve y no lee.

Cada vez que nos “ponemos en pie”, resucitamos. Cada vez que conseguimos que triunfe la vida y el amor sobre cualquier forma de

muerte y de límite humano, apostamos y experimentamos la resurrección.

De hecho, también cuando creemos que un accidente o una enfermedad podría haber tenido consecuencias más graves, nos expresamos así: "ha nacido de nuevo".

Y eso es lo que yo espero, que nazca de nuevo nuestra carne, la carne, la salud en nuestro modo de concebir "la carne". Nace de nuevo la carne cuando ha habido una herida y vemos que, al curarse, crece. Nace de nuevo la carne cuando un órgano que no funcionaba ha recuperado su funcionalidad. Nace de nuevo la carne cuando una persona recibe un trasplante de un órgano y allí donde se preparaba la muerte, se recupera la vida. Nace de nuevo cuando, después de una pandemia, se replantea la vida en clave de más justicia y aprendizaje. Nace de nuevo cuando nos resistimos y trabajamos en contra de la irracionalidad de la guerra.

Cada día, cuando sale el sol, resucitamos al alba, a la relación, a la carne. Me pongo en pie (porque puedo), pero podemos todos, al menos simbólicamente, para afrontar las cosas de la vida. El día es nueva vida, es oportunidad para ver y mirar las cosas con mirada renovada, con esperanza comprometida.

También el cuidado produce resurrección: cada vez que empujo a otro para que supere cualquier dificultad, he sido instrumento de resurrección. Donde había abatimiento, hay postura erguida, donde había soledad, hay comunión.

Pero yo creo también en la resurrección de la carne en otro sentido. Ha sido tanta la connotación negativa dada a la carne, que me parece que bien merece que la resucitemos sanamente en nuestra mente y en nuestro corazón.

La carne es débil, sí. Lo es porque enferma y porque es vulnerable. Lo es la persona entera, en el fondo, y eso es su genuino significado.

Pero la carne es buena. Dios mismo la asumió y se encarnó. La carne, nuestra carne, nuestra condición carnal, es nuestra posibilidad de relacionarnos unos con otros. La carne es puerta de acceso a la experiencia de placer, pero no sólo. La carne es posibilidad de aproximarnos, de vincularnos, de querernos tangiblemente. Es vínculo y vehículo, es expresión.

Yo espero en la resurrección de una visión positiva de la carne. Espero asistir al funeral del elogio de la razón como instancia pura y fuente de bien en contraposición de las bajas pasiones de la carne. Espero en la resurrección de un modo saludable de pensar en nuestros sentimientos, en nuestros deseos, en nuestras pasiones. Ellos son energía. Pueden ser motor para hacer el bien.

Espero en la resurrección de un nuevo modo de mirar, de un nuevo modo de tocar, de un nuevo modo de escuchar, de un nuevo modo de gustar de las cosas y de la vida, de un nuevo modo de oler cuanto nos rodea. Espero porque deseo la salud en todos los sentidos, ahora que podemos renacer tras la pandemia, integrando tanta muerte como hemos vivido.

Confío en que cambie la connotación del color negro que Platón pone uno de los caballos del mito del auriga y el carro alado en Fedro. En él, el auriga representa la parte racional, conduciendo dos caballos, uno blanco y otro negro. El blanco simboliza el valor, impulso, coraje, la valentía, con connotación siempre positiva; el negro, el deseo y los sentimientos, con connotación siempre negativa.

En el fondo, humanizarse no es otra cosa que reconocer nuestra condición carnal, débil, sí, pero blanda y viva. Mortal, sí, pero capaz de permitirnos hacer experiencia de eternidad en el más acá.

De manera intensa experimentamos confusión, aturdimiento, sinsentido, vacío, soledad, irracionalidad, desgarro. La pandemia nos produjo de todo. Y aún vivimos las con-

secuencias en nuestra carne. Se nos rompe el corazón y muy difícilmente somos capaces de tender hilos entre la razón y el sentimiento.

Sin embargo, si escuchamos allá en el corazón, en alguno de los últimos rincones, no podemos más que reconocer que la muerte no puede tener la última palabra.

La experiencia del amor es más fuerte que la de la muerte. Y esperar en la resurrección no es más que abandonarse al reconocimiento (no a la demostración) de que el amor reclama eternidad y de que, de alguna manera no explicable con categorías meramente humanas, nuestra vida, al terminar, será transformada y plenificada.

Pensar la resurrección no puede consistir en lanzar a un futuro un modo de vida como la de ahora, pero en otro lugar. No. Creer en la resurrección es apostar y comprometerse porque la vida y el amor digan siempre una palabra más fuerte que el sufrimiento y la muerte.

Más allá del aquí y ahora de nuestra vida en la tierra, más allá de la muerte, el tiempo y el espacio no existen. Resucitar, por tanto, no puede ser ir a otro lugar a vivir felices.

Este modo de expresarnos nos ayuda a decir lo que creemos, como otros muchos, como hablar del cielo, el paraíso...

Yo creo que resucitar es dejarse *levantar* por Dios cuando nosotros nos sentimos caídos y abatidos, doloridos y muertos. Resucitar es dejar que *Dios* diga y haga y sea en nosotros todo y para siempre.

Entender así la resurrección es también un compromiso comunitario de fe, de trabajo por el amor y la justicia, porque Dios y su palabra (Jesús) constituyan buena noticia de amor *para toda la humanidad*.

Trabajar por el desarrollo y la salud de los grupos más tocados por la pandemia, los más afectados, es situarse en el corazón de la fe en la resurrección. La resurrección para mí, deja de ser fundamentalmente un suceso que aconteció en la historia de la salvación para convertirse en una dinámica vital del creyente que implica todas sus relaciones y hace que sean fuente de vida y de verdadera salud global.

La fe en la resurrección se convierte así en una estructura permanente en virtud de la



cual se cree y se trabaja por una nueva creación aquí y ahora. Toda intervención que quiere ser realmente pascual debe ser necesariamente liberación de toda forma de muerte, de esclavitud y de dominación, porque la revelación nos presenta a un Dios liberador, siempre al lado de los pobres y de los oprimidos y en contra de los opresores.

Crear en la resurrección significa para mí, trabajar para salir del desierto de lo puramente legal y avanzar hacia un espacio común de construcción, en el que se apuesta por la dignidad humana, es decir, un espacio de salud y salvación, que es asimismo de liberación. Es preciso no solamente ser buenos samaritanos que curan, sino preguntarse proféticamente cómo evitar que haya tantos desventurados en esos países, paralizados por un neocolonialismo económico y cultural.

Por eso, hoy me nace del corazón esta oración: “Danos hoy nuestra dosis de resurrección cotidiana”. También en esta pospandemia, en la que nos preguntamos por las cuestiones éticas y, mientras tanto, damos respuestas éticas en las conductas de cuidado.

2 Cuidar la relación

Uno de los espacios más urgentes en el cuidar es ese mundo de relaciones de ayuda que nos prestamos mediante la atención y la escucha. Si un empeño me ocupa en mi ministerio es la formación a la escucha. Me asombra el descubrimiento de lo que sucede en mí al persistir en este empeño formativo a la escucha en diferentes contextos de sufrimiento, porque lo percibo muy necesario.

No hace mucho, me encontré con una mujer que me decía: “Hacemos talleres de escucha. Cuando me preguntan ¿qué es la escucha?, yo respondo: el fuego, la rueda y la escucha. Uno de los inventos más importantes que el hombre ha hecho para cambiar el mundo

haciendo milagros. Tiene tanto poder que solo se descubre haciendo experiencia de ella: da igual que sea escuchando que sintiéndose escuchado”.

Yo mismo me asusto al transcribir estas palabras que el otro día me decía una mujer que, después de haber hecho ella talleres de escucha como alumna conmigo, se ha convertido ella misma en profesora de profesores. No sé si la escucha es realmente un invento del hombre o una capacidad que aún no hemos descubierto en toda su potencialidad, pero estoy de acuerdo con ella: hace milagros.

Quizás la teología, como también la ética, se han ocupado poco de esta. Como si fuera una categoría de segundo grado. Así nos lo ha recordado el Papa Francisco, que escribía: “En las páginas bíblicas aprendemos que la escucha no solo posee el significado de una percepción acústica, sino que está esencialmente ligada a la relación dialógica entre Dios y la humanidad. «Shema' Israel - Escucha, Israel» (Dt 6,4), el íncipit del primer mandamiento de la Torah se propone continuamente en la Biblia, hasta tal punto, que San Pablo afirma que «la fe proviene de la escucha» (Rm 10,17)”¹.

De diferentes maneras somos interpelados a desarrollar competencias específicas para hacer de la escucha un servicio competente. No basta la buena intención. Hay tiempos en los que la necesidad de ser escuchados lo es de una escucha competente, de alguien que se haya entrenado en acompañar, en acoger, en saber generar las coordinadas actitudinales y usar las competencias blandas² en suficiente grado como para que la escucha sea eficaz.

¹ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

² BERMEJO J.C., VILLACIEROS M., MARTÍNEZ M.P., *Humanizar. Humanismo en la asistencia sanitaria*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2021.

El Papa Francisco ha dicho que “en la acción pastoral, la obra más importante es “el apostolado del oído”. Escuchar antes de hablar, como exhorta el apóstol Santiago: «Cada uno debe estar pronto a escuchar, pero ser lento para hablar» (1, 19). Dar gratuitamente un poco del propio tiempo para escuchar a las personas es el primer gesto de caridad.”³

En efecto, hay muchas personas que necesitan con urgencia ser cuidadas a través de este servicio de escucha para afrontar sus sufrimientos, para zurcir los rotos que el dolor ha generado en su corazón. Quienes son bien atendidos, por ejemplo, en los Centros de Escucha que han sucedido, después afirman que estaban “muertas” y han resucitado.

3 El cuidado de la escucha

La escucha tiene el poder de sacar a la luz la vida que enterramos en las tinieblas del miedo a ser juzgados. La escucha libera de la soledad emocional en la que nos morimos cuando no somos capaces de compartir lo que atezna nuestro corazón. La escucha ilumina los oscuros senderos que hemos construido con nuestros pensamientos irracionales, dando con ellos alimento a los sentimientos que tanto nos hacen sufrir secretamente. La escucha ensancha los pulmones a quien se ahogaba en su propia respiración contenida. La escucha relaja los músculos de la rigidez de lógicas que no nos dan paz en el alma.

La escucha no es cualquier cosa. En efecto, el término español “oír” deriva del latín “audire” que significa percibir los sonidos por el oído. En cambio, la palabra escuchar proviene del latín “ascultare” y denota oír con atención, prestar atención a lo que se oye.

La escucha es un esfuerzo de alteridad intensa; es el opuesto complementario del habla, y requiere una apertura existencial importante, que facilita un acercamiento al otro en su totalidad bio-psico-socio-cultural-espiritual e histórica.⁴

La escucha es esa linterna que permite iluminar la piedra en la que se puede caer o en la que se ha caído y se quiere retirar del camino. La escucha es ese ungüento que alivia las durezas generadas con el tiempo en zonas no acariciadas. La escucha es ese aceite que engrasa el mecanismo de la relación cuando se siente vergüenza por la propia historia. La escucha es ese pincel que vuelve a dar color al cuadro de la propia vida que se había vuelto blanco y negro. La escucha es esa varita que da el toque de magia entre dos personas que son capaces de encontrarse íntimamente y generar salud.

Quien escucha regala la propia persona al otro, su interés por él sin condiciones. Quien escucha acaricia y reconoce la dignidad de quien tiene ante sí. Quien escucha juega con todos los sentidos alrededor de una vida ya escrita, deseada de ser leída y aventurada a continuar escribiéndose. Quien escucha se mete en el hermoso lío de encontrarse de verdad con los demás y... consigo mismo reflejado.

Si en la Eucaristía la patena recoge el cuerpo roto del Señor, nuestras orejas son verdaderas patenas capaces de recoger el cuerpo roto del Señor que se nos presenta en su vulnerabilidad cuando le escuchamos (Mt 25, 31-46). Confieso que creo en la patena de la oreja.

Demasiadas relaciones, profesionales y no, están caracterizadas por el silencio invadido de tecnología y de palabras e imágenes de

³ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

⁴ JOAQUÍ ROBLES D., ORTIZ GRANJA D.N., *La escucha como apertura existencial que posibilita la comprensión del otro*, Sophia, Colección de Filosofía de la Educación, 2019/27, 187-215.

otros. No de ese silencio que es el camino que se ha de recorrer hacia cualquier cosa significativa, sino del silencio necio que desconoce que el auténtico es el camino hacia la sabiduría, el camino hacia la escucha.

Con la palabra, el ser humano supera a los animales, pero con el silencio se supera a sí mismo y con los demás. La escucha es el arte de abstenerse de demostrar con las palabras que no se tiene nada que decir. Es el arte de cargar de acogida de la experiencia ajena, personal y misteriosa, sobre las espaldas del auténtico interés.

La escucha es el arte de ejercer la humildad en relación al propio criterio o percepción del otro, la posibilidad de descubrir algo nuevo, de poner luz en algo tenebroso, de nacer o renacer en el otro, para el que podemos volver al ser o empezar a ser alguien. Me uno a aquella expresión tan fuerte de Carl Rogers: “Si un ser humano te escucha, estás salvado como persona”. Me uno a cada vez más personas que me dicen que, gracias a haber escuchado a otros, han visto cómo “estaban muertos y han resucitado”. Y una vez más

me uno también a Zenón de Elea: “Recordad que la naturaleza nos ha dado dos oídos y una sola boca para enseñarnos que más vale oír que hablar”.

4 Cuidado en femenino

Soy religioso camilo. Seguidor de un hombre grande y rudo que se hizo tierno en contacto con el sufrimiento humano y exhortaba a poner el corazón en las manos para atender a los pobres y enfermos. Pero además, voy descubriendo, tras las huellas de Camilo de Lelis que mujer y madre son dos referentes extraordinarios para proponer un modelo de atención en salud y en la acción social. Como hiciera San Camilo al exhortar a sus compañeros a cuidar a los enfermos como lo haría “una madre a su único hijo enfermo”. Mujer, madre y único hijo son un modelo explosivo de humanización y ayuda.

En muchas ocasiones las consideraciones presentadas por las mujeres y los hombres feministas no siempre son bien consideradas y fácilmente son rechazadas por prejuicios sexistas y por el modelo de interpreta-





ción de la realidad imperante. Pero, en realidad, creo que podríamos prestar una mayor atención al sufrimiento y a la humanización en clave femenina.

Alguna teóloga africana ha afirmado que las mujeres sudafricanas negras son las “esclavas de los esclavos”. En efecto, la desigualdad de la mujer en los contextos culturales o religiosos termina por producir no solo esclavitud y marginación, que es ya una enfermedad del espíritu, sino que también la hace más vulnerable a ciertas enfermedades físicas y menos capaz para acceder a los recursos terapéuticos.

Con frecuencia el sufrimiento de las mujeres se disimula detrás del silencio, consecuencia de una cultura en la que las mujeres saben que no deben, que no pueden quejarse. La situación más crítica se encuentra en el campo de la salud, asociado, en cierta medida al hecho de la maternidad. Es obvio que las mujeres no cuentan con las mismas oportunidades que los hombres en muchos campos, entre otros el del trabajo y la capacidad de decisión en el campo político, social y religioso.

Quizás vendría bien recordar aquel pasaje evangélico de la mujer encorvada (Lc 13) debido a una “enfermedad espiritual”: a las ataduras de poderes no liberadores. Las ataduras de la mujer del texto evangélico, como las de muchas mujeres (especialmente en los países en vías de desarrollo), se deben a un poder masculino que las tiene entre cadenas. Eliminar las ataduras, desatar, significa liberar a la persona, reconocerla en su absoluta dignidad para que, erguida, pueda tener la perspectiva humana y humanizadora, contraria a ese modelo tantas veces propuesto de mujer dócil, callada, sumisa, entregada y servicial que termina por someterla vilmente bajo apariencia de virtud.

Todavía oigo, aunque muy débilmente, el eco de las palabras del Concilio Vaticano II, palabras que habría que aplicar a más situaciones cada día: “Es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no estén todavía protegidos en la forma debida por todas partes. Es lo que sucede cuando se niega a la mujer el derecho de escoger libremente espo-

so y de abrazar el estado de la vida que prefiera o se le impide tener acceso a una educación y a una cultura iguales a las que se conceden al hombre”.

Yo diría que el rostro de la humanización, como el del sufrimiento, tiene particulares rasgos femeninos. Son feministas también las reflexiones que me parecen más oportunas en torno al sufrimiento humano; superan dolorismos y actitudes de resignación, provocan una clara confrontación ante el sufrimiento que es consecuencia no de la naturaleza, sino de estructuras opresoras. La sempiterna pregunta ¿cómo puede un Dios bueno y omnipotente permitir el sufrimiento?, es transformada en el feminismo por ¿cómo puede una humanidad buena comprometerse en el alivio del sufrimiento, sintiéndose acompañada por Dios?

Son mujeres las actrices principales de los procesos de acompañamiento a las personas en situación de exclusión y marginación. Son sobre todo ellas las que del norte van al sur con la intención de acompañar procesos de generación de comunidades más sanas.

Es probable que tengamos que reconocer que son las mujeres las que están llevando a cabo los procesos de humanización más significativos y genuinamente arraigados en la apuesta por la dignidad de cada ser humano. Hay que reconocer que el desarrollo y el progreso de los pueblos tiene también, como la pobreza, rostro de mujer.

En este contexto de sufrimiento y humanización en femenino, la expresión de Camilo de Lejis “*Servid a los enfermos como una madre a su único hijo enfermo*” cobra para mí una particular relevancia. Es la fuerza del amor, de quien ha parido a otro ser humano que se presenta débil y necesitado, la que puede cambiar el mundo, la que puede salir al paso

de la vulnerabilidad ajena también desde la vulnerabilidad propia.

Ser madre desencadena una *fuerte blandura* hacia la propia criatura que se traduce en solicitud ante sus necesidades. Eso significa humanizar: ablandarse, hacerse benigno, salir al paso de las necesidades de los semejantes, de los que pertenecen a la misma carne que la nuestra, encarnarse, entrar empáticamente en el mundo del otro.

Desde esa vulnerabilidad femenina, que es fuerza en términos de amor, y de la que siento que participo también yo, varón, se puede comprender mejor lo que significa ayudar: dejarse interpelar por las necesidades ajenas para movilizar nuestros recursos y promover así el desarrollo de los recursos del otro.

La búsqueda del sentido último, el descubrimiento del valor de lo pequeño, la horizontalidad, la concepción holística de la persona, la sabiduría de la relación, la capacidad de escucha, el modo de experimentar la reciprocidad, constituyen elementos, que aun siendo patrimonio del ser humano (hombre y mujer), veo cómo me los enseñan particularmente las mujeres y me sirve para ayudar a las personas que, pobres y/o enfermas, desejarían ser tratadas “como hijo único”.

Quien se ha sentido preñado de vida, sueña con el mejor desarrollo de esa vida. Con la fina sensibilidad de una madre para con su único hijo enfermo voy viendo cómo podemos construir un modelo relacional más justo, más preocupados por las razones del corazón.

Hombres y mujeres han sido quienes han dado el do de pecho en el cuidado durante la pandemia, pero son mayormente mujeres quienes habitualmente representan la ética del cuidar, su entrañabilidad y su radicalidad competente.